

Un modelo migratorio de futuro

Rubén Iván GARCÍA GARCÍA

Mucho se ha hablado y debatido acerca de la inmigración de personas procedentes de países más pobres hacia otros más ricos: su repercusión económica y social, su conveniencia, las costumbres de los inmigrantes, su integración, etc. En su momento los europeos fueron protagonistas de un fenómeno contrario. Lo que se conoce como colonización de América fue también una corriente migratoria, donde muchas personas abandonaban una sociedad consolidada, para llevar su «know how» a un mundo por hacer. Y actualmente cabe preguntarse si se podría gestar un fenómeno de inmigración donde personas de cierto nivel económico, procedentes de lo que hoy llamamos países ricos, se dirigieran hacia países en desarrollo para instalarse, llevar a cabo allí sus actividades profesionales, emprender negocios y darle un sentido solidario a su posición; y de este modo, generar riqueza y oportunidades en donde más se necesita.

Nadie puede predecir el futuro, pero sí podemos analizar el pasado histórico y la situación presente. Actualmente el modelo migratorio más común es el ya comentado de personas que se encuentran en situación precaria en sus países. Sin embargo, somos testigos de que las sociedades en los países de acogida se encuentran cada vez más saturadas. De hecho, las ciudades crecen a un ritmo acelerado por la llegada masiva de estos inmigrantes, lo que da lugar a menos recursos por habitante, también se genera una mayor mano de obra precaria y un menor nivel de empleo de calidad.

Por el contrario, muchos de los países de balance emigrador presentan gran abundancia de recursos naturales, una economía en crecimiento, sectores económicos sin explotar y un mercado potencial. También son sociedades que tienen un menor nivel adquisitivo que determina diferencias sensibles en cuanto a la necesidad de empleo de capital, ya que con menos recursos, se pueden realizar mayores inversiones. Piénsese, por ejemplo, en la facilidad con que recientemente muchas empresas españolas se han implantado en algunos países de América y los beneficios que en pocos años están obteniendo de sus inversiones.

Ciertamente, para que sea posible esta migración de personas y de capitales es necesario que el país de acogida esté dirigido por un régimen honesto y eficaz que garantice unas mínimas condiciones de seguridad ciudadana y se posicione a favor de la protección de la propiedad privada. Asimismo es otro elemento favorable la presencia de una economía estable que impida la depreciación de las inversiones por razones macroeconómicas.

Por ello, migrar a un país en vías de desarrollo conlleva un gran riesgo. Hasta ahora, sólo las grandes empresas se han atrevido a introducirse en las economías de estos países mediante grandes inversiones, habiendo ejemplos de éxitos y de fracasos. El hecho de que hayan sido grandes empresas y no particulares y de que esta migración haya sido en forma de inversiones y no de personas no es coincidencia. Cuanto mayor es una empresa, mayor es su capacidad de asumir riesgos, ya que normalmente está participada por un gran número de socios y un enorme capital. Estas empresas disponen de recursos suficientes como para llevar a cabo grandes inversiones en estos países sin arriesgar demasiado, ya que aunque un negocio multimillonario pueda resultar un fracaso, los accionistas sólo verán mermado el valor de sus acciones unos céntimos, sin que el negocio y mercado principales de la compañía se haya visto sensiblemente afectado. Los particulares también intervienen en estas inversiones a través de su participación en estas empresas, ya sea directamente o a través de la gestión de un fondo de inversión, y también éstos destinan sólo una parte de sus ahorros a estas inversiones para que, si éstas se deprecian, esto no repercuta de manera significativa en su nivel de vida y en su patrimonio.

Sin embargo, el movimiento migratorio que comento va más allá, pues supone la mudanza física de ciudadanos con sus familias a un país extranjero, para emprender un negocio y trabajar allí, creando riqueza donde más se necesita.

Hoy en día este fenómeno no parece nuevo, porque efectivamente hay trabajadores cualificados que se trasladan con sus familias a estos lugares y que son contratados desde sus países de origen. Sin embargo, el número de personas que se encuentra en esta situación es poco significativa, en comparación con los movimientos migratorios mundiales.

La idea de que ciudadanos procedentes de países desarrollados abandonen sus hogares y se instalen en el extranjero tampoco es nueva. Piénsese por ejemplo en la cantidad de europeos que emigraron a América. Entre los emigrantes que se dirigían a estos destinos había personas de todo tipo de condiciones, si

bien predominando las de difícil situación económica. Pero también había otros que, con suficientes ahorros para emprender un negocio, emigraron a un país con una economía insuficientemente explotada donde supieron hacerse un hueco y prosperar.

Actualmente, la actuación de las grandes empresas que tienen intereses en estas naciones sólo se dirige a sectores específicos que requieren grandes inversiones, ya que para estas compañías no resulta rentable ni interesante emprender pequeños negocios en sectores más específicos, pese a que dichos negocios tengan posibilidades de prosperar y convertirse en grandes empresas.

El mundo está lleno de Américas y colonos dispuestos a establecerse en ellas y prosperar. Sin embargo, ninguna persona acomodada estaría dispuesta a establecerse por ejemplo en Sierra Leona, ya que hoy por hoy los peligros y la falta de seguridad son muy elevados. La seguridad no sólo se refiere a la delincuencia o los conflictos, sino que también es importante la que protege la propiedad privada y los derechos de los ciudadanos, todo lo cual ha de sustentarse en un régimen jurídico eficaz. En el pasado numerosas iniciativas empresariales y humanitarias se han arruinado por la expropiación discrecional y sin indemnización, por la inseguridad jurídica, por la corrupción administrativa o por la ignorancia de las autoridades.

Por el contrario, un factor que favorece estos movimientos migratorios es la existencia de una economía estable. En la década de los 80 hemos sido testigos de cómo muchas inversiones se arruinaban por la deficiente política económica de un país. Baste citar como ejemplo las numerosas devaluaciones de su moneda nacional que sufrieron muchos países sudamericanos como Brasil, Argentina, Perú, y otros de su entorno. Por estas razones, en la medida de que los gobiernos de los países en desarrollo muestren signos de que son capaces de satisfacer estas necesidades, estas naciones serán un destino atractivo para los inmigrantes emprendedores.

Otro aspecto fundamental es el relativo a lo social y cultural en el país de acogida. Es necesario que la población de este territorio sea sociable con los extranjeros y que no tengan prejuicios contra ellos, de tal forma que no se dificulte una relación personal o profesional con la comunidad en la que pretenden integrarse. De esto depende en gran medida la cultura predominante del país. La afinidad cultural condiciona el nivel de apertura de la comunidad a las personas y a los productos o servicios que el emprendedor produce. Por ejemplo, una factoría, una factoría de embutidos derivados del cerdo nunca tendrá éxito en un país de mayoría musulmana.

También supone un aliciente significativo la existencia de recursos naturales en el país que recibe a los inmigrantes. De hecho, estos profesionales reciben en sus países de origen una formación en aquellos avances técnicos que permiten un mayor rendimiento de las explotaciones de recursos naturales, un menor impacto medioambiental y mayores beneficios tanto para ellos mismos como para la comunidad en donde se integran. Un ejemplo de esta idea es la apertura de una mina en la que se emplea una tecnología avanzada que permite obtener una mayor cantidad de producto útil. Asimismo, esta tecnología es más respetuosa con el medio ambiente y los beneficios obtenidos permiten no sólo recuperar el entorno natural una vez agotada la explotación, sino unas mejores condiciones laborales para los empleados locales contratados.

Existen otros factores de importancia secundaria que favorecen estas inmigraciones como son la existencia en el país de acogida de unos servicios sociales adecuados: escuelas, hospitales, etc., de una buena red de transporte y telecomunicaciones, que permita no sólo el ejercicio de la profesión, sino mantener el contacto con el país de origen. También, la existencia de una comunidad de extranjeros con los mismos propósitos.

Otro factor importante es el idioma. Es evidente que compartir una lengua favorece no sólo el ejercicio profesional, sino la integración en la sociedad a la que se traslada el inmigrante. A este respecto, existen áreas geográficas enteras, formadas por varios países que comparten el idioma con países desarrollados debido a las relaciones coloniales que les unieron en el pasado: América, con claro predominio del español; África, con el francés; y el omnipresente inglés, que muchas personas de todo el mundo hablan, entre ellos, las nuevas generaciones de los países europeos.

Por otra parte, es preciso analizar cuáles son las razones que pueden dar lugar a que una persona con o sin familia, de clase media, decida abandonar su país desarrollado para instalarse en otro en vías de desarrollo.

Pueden ser razones importantes la sobrepoblación profesional y el agotamiento de la capacidad emprendedora del mercado de estas naciones.

En primer lugar, la sobrepoblación profesional. Es conocido que en muchas carreras profesionales hay más gente de la necesaria para satisfacer las necesidades del mercado laboral y de la sociedad en general. De esta forma, hasta hace poco había muchos licenciados en derecho que no encontraban trabajo como ju-

ristas y que acababan dedicándose a otros oficios. Sin embargo, puede que un abogado, un médico o un ingeniero que no es necesario en nuestro país y que no encuentra trabajo, sea muy demandado o tenga gran éxito profesional en un país que se encuentra en pleno proceso de modernización y desarrollo.

En segundo lugar, cada vez es más complicado en los países ricos emprender negocios con perspectivas de gran crecimiento, que puedan llegar a convertirse en grandes compañías. Para un abogado que quiere montar su propio despacho, le resulta muy complicado encontrar una esquina de su ciudad en la que no ofrezcan ya sus servicios estos profesionales. Para un ingeniero especializado en energías renovables, pese a lo novedoso de estas fuentes, la competencia cada vez es mayor.

Por otra parte, no todo en la vida es el mero bienestar social. Yo reflexionaría sobre dos cuestiones relacionadas con la búsqueda de la riqueza: a) Que se puede dar un sentido social a las actividades y los negocios, buscando al tiempo que el beneficio propio el de otras personas en los lugares donde más se necesita. b) Que más que propietarios somos administradores de la fortuna y los medios que nos hayan podido corresponder; y de su buena y justa administración hemos de dar cuenta algún día a su verdadero Propietario.

Con estas premisas debería estar compensada la posibilidad de tener que asumir mayores riesgos. Por otra parte, piénsese, por ejemplo, en la importancia que la naturaleza, el bienestar y la convivencia sociales tienen en entornos menos materialistas que los nuestros. Muchos países en vías de desarrollo ofrecen a sus residentes y a quienes les visitan entornos paisajísticos de gran importancia natural, enormes bosques, desiertas playas, un clima suave, y el calor de sus gentes que acogen al recién llegado de forma amigable y respetuosa.

España fue testigo en los años 60 de que llegaban hasta sus costas no sólo turistas, sino también colonias de jubilados extranjeros que establecían su residencia en nuestro país. Estas personas buscaban, en origen, un país seguro, de gentes sociables, un clima suave, un entorno natural acogedor; en definitiva, un lugar donde vivir placenteramente y con tranquilidad.

Actualmente en España este modelo se está agotando. Las diferencias de renta con los países de nuestro entorno no son tan significativas como antes y el precio de los inmuebles se ha disparado. El entorno natural ha dado paso a una enorme masa urbana que se extiende por toda la costa mediterránea paralela a

la playa. El encanto de estas zonas se ha degradado mucho debido a la sobreexplotación turística y urbanística.

La migración de personas con posibilidades económicas e iniciativas empresariales o profesionales a países más pobres es un fenómeno por desarrollar en los próximos años. Cada vez hay más naciones con regímenes políticos y condiciones sociales que garantizan un buen nivel de seguridad apto para este modelo migratorio. Y es de esperar que en el futuro sean muchos más los países que consigan estos progresos sociales, por lo que la lista de países candidatos se ampliará.

Las ventajas de los residentes extranjeros ya se ha expuesto, pero cabe preguntarse si existen también ventajas para la población de los países de acogida. De hecho, esta cuestión es la otra cara de la moneda de toda inmigración: el impacto en la sociedad del país de acogida de la llegada de los inmigrantes.

Para responder a esta pregunta hay que analizar varias cuestiones macroeconómicas que contribuyen al aumento de la riqueza de los países en todo el mundo.

En primer lugar, una de las mayores riquezas con la que puede contar cualquier país son los puestos de trabajo dignos y estables. Que quien tenga habilidades o capacidades de producir, pueda ofrecerlas a la sociedad y, a cambio, reciba de ella el salario que le permita vivir dignamente. Esta dignidad humana es el beneficio más importante que se deriva de la creación de puestos de trabajo. Pero además, si sólo atendemos a la contabilidad nacional, resulta que son los puestos de trabajo los que generan los impuestos, interrelacionan consumos y generan el valor añadido que se traduce en la riqueza de un país.

En España, un parado no sólo no contribuye a las arcas del Estado a través de su impuesto sobre la renta, sino que también supone un gasto al percibir una pensión por desempleo. Además, el desempleado consume servicios públicos como hospitales o colegios para sus hijos a cuyos gastos no puede contribuir.

La llegada de emprendedores a países en vías de desarrollo supone, de una parte, la contratación de mano de obra local, reduciendo el número de desempleados, y de otra, una mayor recaudación a través de los tributos por los beneficios que obtienen las nuevas empresas, sus socios y los trabajadores. De esta forma, las ganancias obtenidas por estos emprendedores se repercuten al resto

de la sociedad mediante esta contratación local de empleados y la labor del Estado a través de la prestación de servicios públicos y ayudas a los necesitados.

En segundo lugar, consumiendo productos locales por la propia actividad empresarial que se desempeña; y finalmente, si el establecimiento de esta última ha ido acompañada del arraigo del empresario, los beneficios que se hayan podido generar no serán repatriados y permanecerán en el país donde desarrolla su actividad.

La presencia de estas comunidades de extranjeros supone también una entrada de divisas al país de acogida. Asimismo, favorece el turismo debido a la mejor imagen y publicidad que estas comunidades forman, del país en el que se encuentran, en la mente de sus compatriotas.

Por nuestra parte, los españoles sentimos una afinidad natural por Hispanoamérica debido a los intercambios migratorios y culturales vividos en el pasado. En algunas ocasiones pude escuchar al profesor D. Antonio Lago Carballo, director de Historia de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, decir que el español debe volver de nuevo sus ojos a América, de forma parecida a como un nostálgico rememora felices momentos. Y qué mejor forma de hacerlo que con ese mismo espíritu emprendedor que una vez llevó a algunos españoles a dejar la tierra donde nacieron para emprender una nueva vida cruzando la Mar Océana.